



Reseña
Barrientos del Monte, F. (2014).
Buscando una identidad.
Breve historia de la ciencia política en América Latina
Fontamara – Universidad de Guanajuato, México,
ISBN:978-607-736-095-7, págs. 153.

Héctor Sebastián Arcos Robledo

Estudiante de la licenciatura en Ciencia Política, Universidad de Guanajuato.

Email: hs.arcosrobledo@gmail.com

Fecha de envío: 28 de mayo 2015

Fecha de aceptación: 12 de junio 2015

Quien controle la interpretación del pasado en los archivos de nuestra historia profesional tendrá grandes posibilidades de controlar su futuro

Gabriel A. Almond (1999), *Una disciplina segmentada*, FCE, México, pág. 52.

En América Latina el estudio científico de la política es una empresa relativamente reciente. Durante décadas, su cultivo estuvo marcadamente dominado por el derecho, en particular, por el derecho constitucional, la filosofía política, la teoría política, la sociología, la historia y la economía, de los cuales se importaron teorías, conceptos, hipótesis y metodologías, emergieron una pluralidad de enfoques y paradigmas que le hicieron prosperar y, a su vez, obstaculizaron una definición operativa de la disciplina como prueba de su autonomía. Por consiguiente, pocos esfuerzos intelectuales existen por rastrear su desenvolvimiento tanto interno como externo, escasos son los análisis sistemáticos que detentan un retrato empírico del desarrollo intelectual y estructural de la disciplina y, al mismo tiempo, del estado actual sobre su práctica en la región. De allí que, el qué es, qué hace y que puede hacer el oficio de un politólogo frecuentemente sea confundido como aquella actividad desempeñada por algún aficionado de la política en los medios de comunicación masiva, la profesión de quien viven de la política, o simplemente en la opinión de las mesas de café, distorsionando su justificación que por sí misma la ciencia demuestra, primero, como ciencia básica y, ulterior, conocimiento aplicable.

En tal sentido, la contribución de Fernando Barrientos parte de los siguientes cuestionamientos: ¿cuáles son los orígenes intelectuales de quienes practican la ciencia política latinoamericana?, ¿en qué se parece y en qué se distingue la ciencia política contemporánea de aquella que se hizo a partir de la segunda mitad del siglo XX en América Latina?, ¿qué condiciones hicieron posible su institucionalización y qué factores han determinado el

progreso desigual de la disciplina en la región?, ¿en qué medida los procesos de redemocratización a finales del siglo XX en América Latina determinaron el desarrollo de la política científica como ciencia empírica?, ¿cuál es el estado del arte de la disciplina en la región?, y ¿cómo se conciben los politólogos de hoy a sí mismos? Con base en una perspectiva ecléctica de la metodología de la historia de la ciencia política, el libro ofrece un fecundo análisis comparado *cross-national* sobre los derroteros a través de los cuales la disciplina se ha construido a lo largo de tres cortes temporales: a) la tradición e influencia de los estudios jurídicos – institucionales o tradicional – formalistas, que son anteriores a la década de 1960 y están a la par de aquella corriente fundacional de la ciencia política empírica estadounidense, denominada *conductismo, comportamentismo o revolución behaviorista*;¹ b) el influjo de la sociología, principalmente, del estructural – funcionalismo y las corrientes marxistas. Dado que lo que definía a las agendas de investigación dejó de ser la perspectiva teórica, el cambio en los objetos de estudio se amplió hacia temas más concretos que pasaron a dar cuenta de asuntos tales como la cultura, las modalidades de los regímenes autoritarios y, en mayor medida, la relación de la región con el contexto internacional. De allí que, a partir de 1949 y hasta la década de 1970, se sientan las bases del pensamiento que promovió el desarrollo económico y social propiamente latinoamericano, con un fuerte impacto en las ciencias sociales en general y, particularmente, en la ciencia política de la región: *el dependentismo o la teoría de la dependencia*, un modelo de desarrollo que nacería en oposición al modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), implementado al inicio de la década de 1930;² y, por último c) el actual periodo donde convergen, por un lado, una pluralidad de perspectivas, más bien eclécticas en el estudio científico de la política: primero con la aparición del conductismo en oposición al institucionalismo dominante, luego la teoría de sistemas y más recientemente la presencia del neoinstitucionalismo y la teoría de la elección racional. Y, por otro, una sucesión de paradigmas dentro de la ciencia política y sus subdisciplinas: la administración pública, las relaciones internacionales, la política comparada, etc. No obstante, al mismo tiempo, prevalece una fuerte disputa subyacente a los dilemas metodológicos, una vez que aquellas dimensiones ideológicas han perdido vigencia en el cómo y por qué de la disciplina. Se trata de los *hard-liners*, o línea dura, aquellos que ponderan el uso de técnicas estadísticas – sobre todo, regresiones y/o correlaciones – para explicar aquella variable dependiente seleccionada en el modelo de causalidad; y los *soft-liners*, o línea blanda, donde se ubican los estudios y autores que privilegian la elaboración de análisis y categorías analíticas descriptivas, históricas y cualitativas.³

Por lo tanto, la hipótesis que expone como fondo argumentativo Barrientos del Monte, alude que el desarrollo de la política como actividad científica en América Latina es producto de un proceso gradual que recorre una concepción de la disciplina en un sentido amplio, las “ciencias políticas”, al plural, en la medida que denota una tradición de estudios políticos que combina con alto rigor esquemas filosóficos, sociológicos, históricos u económicos a partir de premisas deductivas, a una comprensión de la misma que se contrae en sentido estricto, es decir, la “ciencia política”, al singular, y cuya trayectoria empírica se apoya en las sofisticadas

¹ Véase Robert A. Dahl (1961), “The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest” en *The American Political Science Review*, vol. 55, núm. 4, págs. 763 – 772.

² Véase Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto (1969), *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, Editorial Siglo XXI, México.

³ Véase Gabriel A. Almond (1999), “Mesas separadas: Escuela y corrientes en las ciencias políticas” en *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, FCE, México, págs. 39 – 62.

Política, Globalidad y Ciudadanía. Universidad Autónoma de Nuevo León Vol 1 Núm 1. enero-junio 2015

técnicas de estadísticas e incluso modelos econométricos que impulsan la lógica de la investigación a partir de encontrar inferencias causales.⁴

Organizado en ocho capítulos y un apéndice que intenta medir las valoraciones de los politólogos en relación a su formación, desempeño y autoidentificación, Barrientos del Monte demuestra que tras los procesos de liberalización y transición de los regímenes autoritarios a la democracia, la ciencia política latinoamericana se desarrolló de forma desigual pero sostenida en la región, desde facultades y centros de investigación hasta reparar en los recursos, programas de posgrado, fundación de revistas especializadas y, en menor medida, instituciones que aglutinaron a las comunidades epistémicas locales o en el ámbito regional. Entre el vasto inventario histórico – descriptivo se puede destacar, en primer lugar, si bien la ciencia política no pertenece al grupo de las carreras masivas, la disciplina se desarrolla en gran medida a través de la docencia e investigación en instituciones públicas. En segundo lugar, que los programas en licenciatura son mayores en Argentina, México y Brasil, sin embargo, los programas de posgrado – maestrías y doctorados – no crecen en la misma medida. Por otro lado, en otras latitudes la existencia de programas de pregrado o grado es nula, como son los casos de Centroamérica (a excepción de Costa Rica) y Cuba, donde el partido comunista absorbió la Escuela de Ciencias Políticas para nutrir sus cuadros. En tercer lugar, en relación a su producción científica, en América Latina la gran mayoría de las revistas tiene una existencia efímera, por lo que la cantidad de publicaciones especializadas queda a la zaga de los índices internacionales que comparan la calidad de las publicaciones entre las comunidades politológicas, lo que va en detrimento de su difusión, alcance y calidad. Las únicas revistas indexadas que se publican con regularidad desde su fundación, así como dedican material exclusivo a la disciplina son el caso de Chile y la *Revista de Ciencia Política*, de la Pontificia Universidad Católica de Chile (UC), y México, con la revista *Política y Gobierno*, del Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE), ambas han optado por emular el modelo de docencia e investigación estadounidense, es decir, con orientación hacia los métodos cuantitativos.

Barrientos del Monte supone que este proceso en retrospectiva dio entrada con mayor fuerza e interés a las corrientes dominantes de la ciencia política estadounidense y sus métodos de investigación. Huelga decir que la aplicación del método comparado – como método de control – influyó en su porvenir, en la medida en que contribuyó en alcanzar una objetividad “científica” y, en gran medida, una neutralidad valorativa, con relación a la producción de hipótesis, generalizaciones de alcance medio y teorías, que sometieran a prueba – o falsación, en términos popperianos – aquellas propiedades y cambios de las unidades de análisis seleccionadas, de forma diacrónica o sincrónica, en los siguientes términos: “si se presentan las condiciones *a*, *b*, *c*, entonces es probable que se obtenga el resultado *x*”

Y para entender tal proceso, hay que centrarse tanto en las caracterizaciones como dilemas de la ciencia política a nivel estructural, intelectual y en el ámbito del ejercicio profesional. En el plano estructural, Fernando Barrientos es incisivo en demostrar un grado de institucionalización desigual en la disciplina, a partir de la década de 1950 hasta 1980, por tres factores: 1) institutos dedicados a la docencia y la investigación; 2) el otorgamiento de título de pregrado (licenciatura) y posgrado (maestrías y doctorados); y, 3) revistas especializadas, congresos relativos y su periodicidad. En el entorno de la profesión, los politólogos han

⁴ Véase Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (1991), *Diccionario de Política*, Siglo XXI Editores, México, págs. 218 – 224.

Política, Globalidad y Ciudadanía. Universidad Autónoma de Nuevo León Vol 1 Núm 1. enero-junio 2015

encontrado tres vías de desarrollo: la académica (docencia e investigación), el sector público (nacional e internacional) y los medios de comunicación (opinión publicada), donde generalmente son socialmente valorados. Y, por último, a nivel intelectual, dos tendencias que se traslapan entre las influencias externas: aquellas generadas por las universidades y centros de investigación norteamericanos y europeos, y las influencias internas: dedicadas a generar escuelas de pensamiento propio en aras de comprender la realidad política de la región.

De allí que, en la búsqueda de su identidad, su afirmación y relevancia frente a otros contextos y disciplinas, la ciencia política en América Latina se conciba como una ciencia transdisciplinar y exista cierto recelo de aquella “ciencia central” que se hace en EE.UU. y Europa continental, y de la cual ha surgido, en muchas ocasiones, una epistemología ensimismada en su propia realidad, que con dificultades puede “viajar” – en términos sartorianos⁵ – para verificar y, eventualmente, reformular el poder explicativo de aquellas generalizaciones deductivas. O en contraste, una ciencia política excesivamente parroquial, en la medida en que sus resultados de investigación no van más allá de sus fronteras o poco se han adaptado a los cánones de razonamiento científico de la disciplina a nivel mundial.

Por consiguiente, es injustificado que existan pocas contribuciones intelectuales para delinear su desenvolvimiento tanto interno como externo en las sociedades en las que se impulsa, esto es, en qué medida ha ocurrido la transición de las “ciencias políticas”, en plural, a la “ciencia política” en singular, de la mano del método de comparado, su campo de estudio *par excellence*, los grados de identificación entre sus miembros, los temas o áreas de interés de quienes la practican, así como aquellos elementos que dieron origen y planeación prospectiva a su organización formal. Pues si bien, la ciencia política no detenta el monopolio exclusivo de la política como objeto de estudio, no todo estudio sobre la política implica ser parte del ámbito científico que precia su campo de conocimiento.

⁵ Véase Giovanni Sartori (1970), “Concept Misformation in Comparative Politics”, en *The American Political Science Review*, vol. 64, no. 4, págs. 1033 – 1053.

Política, Globalidad y Ciudadanía. Universidad Autónoma de Nuevo León Vol 1 Núm 1. enero-junio 2015